

Objetivo trascendente y dinamizador de los jesuitas en Venezuela

Pedro Trigo, s.j.*



Concilio Vaticano II.

BUSACA

No pretendemos hacer una historia, sino actuar nuestra dimensión histórica: tratamos de situar en el tiempo aquello que está vivo en nosotros y que moriremos sin haber actuado completamente, porque nos supera absolutamente, legándolo como tarea a los que vendrán, porque lo sentimos como expresión de nuestra participación en la misión de Jesús y porque lo hemos vivido como buena nueva que nos ha dado y nos da vida y por eso lo compartimos como buena noticia.

Lo que ha unido dinámicamente a la provincia venezolana de la Compañía de Jesús, en estos tiempos que hemos vivido los actuales jesuitas, ha sido la aceptación del Concilio Vaticano II, con-

Esta situación beligerante, tanto en el seno del cristianismo como respecto de la sociedad, fue llevada con brío, pero también con dolor. Fue tenida como el precio de esta fidelidad al Dios del evangelio y a los pobres.

cluido en 1965, desde la recepción latinoamericana de Medellín (1968) y consiguientemente la formulación de la misión que hizo la Congregación General XXXII (concluida en 1975), que afirmó que nuestro objetivo es el servicio de la fe del que la promoción de la justicia es una exigencia insoslayable. Quisiera insistir que la Congregación 32 fue aceptada por una inmensa mayoría de la Provincia¹ porque había aceptado el Concilio desde esa recepción latinoamericana creativa y comprometida. El cambio que entrañó esa aceptación consistió en recibir el Concilio desde la especificidad de la situación latinoamericana y venezolana; y fue para nosotros tan radical que sentimos que cambiarlo todo, aunque, como solíamos decir, para no cambiar, es decir, en fidelidad.

El dilema de fondo de esos años y también de estos actuales consistió y consiste en abrirse o no al acontecimiento del Concilio, que significó pasar de salvarse del mundo, empeñándose en una institucionalización paralela, porque el mundo estaba perdido y la salvación acontecía en la Iglesia, a encarnarse en el mundo para compartir su suerte desde dentro y específicamente desde abajo, desde los pobres, echando la suerte con ellos, para, desde ellos empeñarnos en la salvación de todos, en el entendido de que solo nos irá bien a todos cuando les vaya bien a los pobres.

Desde esta encarnación kenótica solidaria, expresada magistralmente en el arranque de la *Gaudium et Spes*, desde esta simpatía y compasión, apostamos por la responsabilidad con los hermanos y con la historia (GS 55), para contribuir a que la humanidad se configure como una familia de pueblos, como la familia de las hijas e hijos de Dios, reunida por la obediencia al Espíritu de Jesús, el Hijo único y nuestro Hermano mayor. Esta obediencia requiere una actitud de discernimiento constante, tanto personal, como grupal y comunitario, institucional, societal e histórico.

En esto consiste la fecunda dialéctica entre la encarnación y la universalidad, ya que la encarnación es en la humanidad como tal, pero no puede ser genérica sino en un lugar y un tiempo concreto, pero para realizar en él la humanidad, la condición filial y fraterna, que no excluye a nadie, que se abre positivamente a todos, pero desde abajo, desde los pobres y desde ese anclaje situacional insustituible.

Este cambio de horizonte, como más radicalmente el acontecimiento conciliar, fue posibilitado por el dinamismo de postguerra. En efecto, el desastre de la guerra mundial fue procesado superadoramente con un cambio de dirección histórica: de la rivalidad nacional y entre clases a la sinergia, en el entendido de que en este mundo cabemos todos y que es posible y deseable un desarrollo en justicia y solidaridad.

Ahora bien, además de este clima favorable, para nosotros los cristianos el punto medular de esta conversión al mundo desde abajo consistió en que el Cristo de nuestra fe tomó el rostro concreto de Jesús de Nazaret, contemplado incesantemente en los evangelios en orden al seguimiento. Por tanto, el Dios de nuestros padres tomó el rostro del Padre de Jesús, tal como nos lo revela él en los evangelios. Y por eso la Iglesia, que identificábamos con el espacio sacral y sus ministros, pasamos a ser nosotros y todos los condiscípulos de Jesús: el pueblo de Dios. Desde la libertad que nos dio el sabernos hijos y hermanos en Cristo y el vivir desde ese espíritu, nos hizo pasar de la obediencia no deliberante a la autoridad, a cualquier autoridad tenida en principio como representante de Dios, al derecho y deber de seguir el dictado de la propia conciencia, rectamente instruida y desde la práctica del discernimiento. Todo esto es lo que estaba detrás del paso de salvarse del mundo a salvarse con todos en el mundo, al que había que transformar desde los pobres. Pero, insistimos, la médula de la novedad es la centralidad de Jesús de Nazaret, contemplado en los evangelios, paradigma absoluto de humanidad, en orden al seguimiento.

Naturalmente que nosotros los jesuitas desde siempre hemos tenido a Jesús en el centro, a través de las contemplaciones de los Ejercicios. Pero tenemos que reconocer que era más bien en orden a la relación personal con él y a la ejemplaridad de la vida; pero no como el que definía las coordenadas de esa vida, captada como histórica. En primer lugar porque Ignacio, como hombre de su tiempo, naturalizó los rangos sociales existentes y, en segundo lugar, porque también como cristiano de su tiempo, desconoció el sentido de reino de Dios como aparece en los evangelios. Por eso, la vaguedad del llamamiento del Rey Eternal: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y



Congregación General 32.

ANUARIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS 1975-1976

Lo que cuestiona y desestabiliza a los establecidos, sobre todo a los que se tienen y son tenidos como cristianos, es el obrar nacido de la fidelidad a nuestra misión y por tanto vivido consecuentemente.

así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.” (EE 95). Acierta en el cómo (lo mismo que en las *Dos Banderas*: 146), pero el qué despista porque más bien parecería aludir a un Mesías davídico.

Así pues, nosotros nacimos a la vez a un sentido histórico de la existencia y a un sentido histórico de la Biblia que culmina en Jesús. Eso significa que la historia está abierta, que la tenemos que hacer nosotros y está remitida a nuestra responsabilidad, lo mismo que la historia de la salvación, que tenemos que echar adelante con el Espíritu de Jesús y siguiendo a Jesús. Pero en el entendido de que no son dos historias, sino que la acción de Dios en la historia a través de su Palabra, que es su Hijo, y de su Espíritu, es precisamente para abrir la historia que los de arriba cierran en estructuras piramidales en las que no cabe la filiación, porque se da el endiosamiento de los de arriba, ni la fraternidad porque los endiosados someten a los demás. Dios, en su Hijo único y eterno Jesús, ha echado la suerte con la humanidad para enrumbarla, a través de sus seguidores y de todos los que se dejen llevar por su Espíritu, hacia la constitu-

ción de una única familia de pueblos, que es la familia de las hijas e hijos de Dios. Ese es el contenido específico del reinado, como camino hacia el Reino, al que nos convoca Jesús.

Porque nos abrimos, como él y con su Espíritu, a la dinámica de la encarnación solidaria, sentimos que la formulación de la Congregación General nos expresaba realmente. Es decir, no tuvimos que abrimos a ella, no nos resultó provocativa, sino expresión cabal de nuestros anhelos: como si se hubiera formulado desde América Latina y desde nuestros anhelos y vivencias².

Por eso, desde ese impulso de fondo del Concilio y el impulso interno de la Congregación General y el liderazgo carismático del padre Arrupe, que para nosotros fue un estímulo y un apoyo decisivo, en un tiempo ya muy contrastado, consentimos muy desde dentro con la Asamblea de Puebla (1979) y más específicamente con su propuesta de opción por los pobres desde el aprecio por la religión del pueblo o catolicismo popular, como antes nos habíamos sentido identificados con la de Medellín.

Desde ese impulso vinieron nuestras inserciones y el apoyo estructural a las inserciones de la vida religiosa y nuestra participación en el cambio de orientación de las directivas de la vida religiosa y los esfuerzos de formación conjunta y el cambio de dirección de Fe y Alegría y los intentos de transformación de la UCAB y de los colegios y el liderazgo del Gumilla y los esfuerzos sostenidos por la resignificación del cristianismo en Venezuela y por la transformación de la institución eclesiástica.

Todo este empeño fue llevado a cabo con una fuerte polémica; pero, más aún, desde una comunión nunca desmentida, tanto en el interior de la Compañía como dentro de la Iglesia, incluso respecto de la institución eclesiástica³. Ello fue posible porque lo ideológico nunca llevó la voz cantante, sino que tanto la espiritualidad como la pastoral fueron lo más hondo y sostenido, y por eso lo que dio el tono a nuestro caminar y a nuestras discusiones, y lo más fecundo.

Esta situación beligerante, tanto en el seno del cristianismo como respecto de la sociedad, fue llevada con brío, pero también con dolor. Fue tenida como el precio de esta fidelidad al Dios del evangelio y a los pobres. Ya lo había anunciado Arrupe en un discurso a la Congregación: “Hace falta que nuestra Con-

El dilema de fondo de esos años y también de estos actuales consistió y consiste en abrirse o no al acontecimiento del Concilio, que significó pasar de salvarse del mundo, empeñándose en una institucionalización paralela, porque el mundo estaba perdido y la salvación acontecía en la Iglesia, a encarnarse en el mundo para compartir su suerte desde dentro y específicamente desde abajo, desde los pobres, echando la suerte con ellos...

gregación sea bien consciente de que la justicia del Evangelio ha de ser predicada por la cruz y desde la cruz. Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta las últimas consecuencias (y esto nos pide a nosotros el radicalismo evangélico ignaciano) enseguida aparecerá la cruz y con frecuencia acompañada de acervos dolores. Pues si somos fieles a nuestro carisma sacerdotal y religioso, y obramos con prudencia, veremos alzarse contra nosotros a los obradores de la injusticia en la sociedad industrial moderna, que a veces se tienen por óptimos cristianos, y con frecuencia pueden ser nuestros bienhechores, amigos o familiares. Nos acusarán de marxismo y de subversión; nos negarán la amistad, la confianza y la ayuda económica”.

Según Arrupe la oposición, el relegamiento, incluso la persecución, vendrán no si nos ideologizamos y secularizamos y nos reducimos a ser unos revolucionarios más en el sentido político, sino, precisamente, si nos mantenemos fieles a nuestro carisma y obramos con toda prudencia. Lo que cuestiona y desestabiliza a los establecidos, sobre todo a los que se tienen y son tenidos como cristianos, es el obrar nacido de la fidelidad a nuestra misión y por tanto vivido consecuentemente.

Nosotros pudimos aguantar la estigmatización, tanto por el anclaje sólido en la espiritualidad, en la relación fundante con Jesús y con su Padre, como por la cercanía de tantos pobres con espíritu, verdaderos hermanos y hermanas que nos nacieron en el camino, como por la compañía de tantas hermanas y hermanos, tanto jesuitas y de la vida religiosa, como de profesionales solidarios. Tenemos que decir que en nuestro país este proceso se llevó a cabo con bastante madurez y sin escándalos porque el tono no lo dio la militancia política, sino la pastoral y la espiritualidad. No tuvimos grandes lumbreras ni armamos escándalo, pero sí se hizo camino fecundo.

Pero cuando todo esto estaba en pleno desarrollo, cambió el tiempo, tanto a nivel mundial como latinoamericano y venezolano. El neoliberalismo, triunfante desde mediados de los años setenta, comenzó a entrar con vigor en nuestro país una década después. Entre tanto, desde 1979 había empezado a caer el poder adquisitivo del pueblo y el Estado fue cooptado por la burguesía, que quiso entrar en la globalización sin reestructurar las empresas para elevar

la productividad, supliendo este esfuerzo creativo por la captación de la renta petrolera a expensas del pueblo, que se sintió progresivamente abandonado por el Estado y la sociedad. Aunque tuvo aliados en grupos de izquierda, en profesionales solidarios y en grupos de Iglesia, la situación se iba poniendo cada vez más difícil para él y para todos. Se empeoró por la campaña de los medios, sobre todo, la televisión y la prensa, contra la política, con la finalidad de ser ellos los decisores.

Coincidiendo con este enrarecimiento económico y político, la vida religiosa, sobre todo la femenina, comenzó a disminuir aceleradamente. Y ya a principios de siglo se hizo patente en nuestro país, como en otros de América Latina, que no se transmitía ambientalmente el cristianismo.

Todo ello contribuyó a que, sin declarar que se abandonaba el horizonte y en no pocos casos sin querer hacerlo, se fueran tomando medidas de reinstitucionalización para paliar la crisis económica y de personal, que de hecho llevaron a un abandono de las inserciones y a un repliegue en las instituciones, ladeando la escena pública y, en ese sentido, la encarnación solidaria para transformar la situación desde la centralidad del pueblo, de los pobres. Como expresión de esta crisis fue tomando peso el pietismo: una vida cristiana centrada en lo devocional, desligado tanto de la historia evangélica como de la historia actual, el cultivo de la relación con Jesús, desligado de los evangelios y por tanto con el peligro inminente de relacionarse con una proyección del devoto o de la institución que propone.

Con esto hemos llegado a nuestra actualidad. Como estamos en una época diversa de la del Concilio y la Congregación 32, si queremos mantenernos fieles no podemos seguir diciendo y haciendo lo mismo, sino que tenemos que encontrar los equivalentes actuales.

Para eso contamos con un acontecimiento excepcional en la historia de la Iglesia venezolana: el Concilio Plenario (2000 a 2005), que fue un verdadero acontecimiento. Sus ejes transversales son muy significativos para nuestra búsqueda: ante todo, como ha cambiado la época, el Concilio sostiene que no se puede vivir con lo ya adquirido; es precisa una conversión actual, concebida como encuentro personal con Jesucristo que transforme la vida. Ahora bien,

Insisto que para nosotros no cabe ningún tipo de violencia ni guerra sucia; pero tampoco cabe la dejación resignada ni el confinamiento autosatisfecho en grupos o ambientes "liberados", en los que se apuesta por vivir cualitativamente, dejando de lado a los demás y a la situación como tal.

para que ese encuentro no sea un espejismo sino que alcance una verdadera alteridad, el Concilio insiste en que debe darse por la mediación de los evangelios; por eso propone entregar la Biblia, sobre todo los evangelios, al pueblo como un verdadero acto constituyente, como el paso de ser de religión cristiana a ser cristianos con una dimensión religiosa. El tercer eje es optar porque los pobres lleguen a ser plenamente sujetos en la Iglesia y en la sociedad y sean reconocidos como tales. Y como canal que hace todo esto posible y como fruto de todo el proceso, pasar de la identificación de la Iglesia con la institución eclesiástica, a la Iglesia como pueblo de Dios.

Nosotros también hemos insistido en nuestros proyectos de provincia, elaborados en conjunto y bastante asimilados como horizonte compartido, en la necesidad de que los laicos, imbuidos de nuestro mismo carisma y espiritualidad y sólidamente formados lleguen a ser verdaderos sujetos de nuestras obras y que formemos con ellos verdaderas comunidades cristianas, sean de base, de vida o de solidaridad. Y, más todavía, que en nuestra misión todo se realice mediante relaciones mutuas y horizontales, de manera que nadie sea mero destinatario y que todo contribuya a la formación de esa familia de las hijas e hijos de Dios por la que Jesús dio su vida. En esa familia, también nosotros pensamos que los pobres tienen que tener la voz cantante: llegar a ser verdaderos sujetos y ser reconocidos como tales. Retenemos también, como el alma de todo, ese encuentro personal actual con Jesucristo, que nos llegue a definir en verdad como cristianos y compañeros de Jesús. Y para eso, también consideramos imprescindible la mediación de los evangelios, que no solo tienen que llegar a ser nuestro libro de cabecera, sino lo que entreguemos en primer lugar a los demás, por encima de la cualificación profesional.

Como se ve, es una actualización de lo que recibimos, en el sentido técnico de la palabra, del Concilio Vaticano II y de las conferencias de Medellín y Puebla.

Quisiera especificar un punto respecto de la formulación de la Congregación 32, que para nosotros es decisivo. En este punto lo equivalente tiene que ver con el descubrimiento progresivo de la especificidad de la justicia que brota de la fe. Y hay que reconocer que en los evangelios la justicia de Dios, en el sentido propio de premiar a los buenos y

castigar a los malos, queda superada, en el sentido técnico de negada su forma y realizado superabundantemente su fondo. Queda negada su forma porque Dios, en contra de muchas expectativas veterotestamentarias y actuales, no se impone sobre los injustos haciendo justicia a las víctimas por el uso de una fuerza incontestable y justa.

Hay que reconocer que eso, en esta situación de pecado tan despiadada, si no se capta el modo divino de hacer justicia, es un escándalo para las víctimas y para los solidarios.

El Dios que ha revelado Jesús es únicamente amor. Pues bien, el único modo de hacer justicia, compatible con la realidad de Dios, es vencer al mal a fuerza de bien, colmando de su amor a las víctimas y justificando, en el doble sentido de absolviendo y haciendo justos, a los victimarios. Pero las víctimas tienen que aceptar esa relación de Dios con ellas, que les capacita para ver que lo que se les propone supera todas sus expectativas; y los victimarios tienen que abrirse a esa relación gratuita de Dios con ellos para que los transforme en hermanos solícitos de los que antes ofendieron.

Todo esto tiene realizaciones históricas constatables; pero también hay otras que lo desmienten. Por eso, en resumidas cuentas, es objeto de esperanza. Esperamos que así sucederá y que lo veremos. Esperamos que el amor de Dios tenga la última palabra sobre cada ser humano, sobre la humanidad y sobre la creación entera. Entonces Dios quedará plenamente revelado, y entonces él, conocido por fin como Padre de nuestro Señor Jesucristo y en él de todos, será todo en todo.

Ahora bien, la esperanza es activa y creativa: se pone activamente en marcha hacia lo que espera. Se pone en marcha hacia las víctimas, hacia el pueblo, hacia los de abajo, no para darles cosas a cambio de sumisión, ni para que dejen de ser lo que son y se promuevan a lo que somos nosotros, sino para establecer una verdadera alianza en su propia casa, es decir, en su ámbito y cultura, de manera que crezcan en todos los aspectos pero, sobre todo, en su condición de hijos de Dios y de hermanos entre sí y con los demás, sin excluir a quienes los oprimen, humillan y desconocen.

Tenemos que tratarlos, no como víctimas, aunque tenemos que tener en cuenta que ese es su punto de partida. Así como Jesús no actuó como víctima, en

El tercer eje es optar porque los pobres lleguen a ser plenamente sujetos en la Iglesia y en la sociedad y sean reconocidos como tales. Y como canal que hace todo esto posible y como fruto de todo el proceso, pasar de la identificación de la Iglesia con la institución eclesial, a la Iglesia como pueblo de Dios.

el sentido preciso de que los victimarios lo afectaron tanto que acabaron por quitarle la vida, pero sin embargo, no le influyeron nada, sino que mientras lo torturaban él vivía desde sí (desde la relación con su Padre y con nosotros) y por eso consumaba su humanidad. Eso, nada menos, es lo que tenemos que promover en las víctimas como parte esencial de la justicia superadora de Papadios.

La apuesta es que sean capaces de hacerlo como un acto de libertad liberada o, en otros términos, siguiendo el impulso del Espíritu, con el que ni ofenden ni temen. La justicia de Dios es la preferencia por ellos, la entrega a ellos, de la que nuestra entrega tiene que ser sacramento. Esta entrega tiene que llegar hasta echar la suerte con ellos, algo que va más allá de cualquier utilidad. Más aún, tiene que llegar al discipulado respecto de los pobres con espíritu. Ahora bien, todo esto debe llevarse a cabo con lo que Ignacio llama “discreta caridad”, no solo en el sentido de un amor que es capaz de discernir en cada coyuntura lo que es conveniente, sino en el sentido de un amor discreto, que no abruma, que da lugar y libertad respecto de sí.

Este objetivo es imposible de lograr sin el cultivo de una relación muy honda y por eso sanadora y rehabilitadora con Dios y con Jesús y no menos con las hermanas y hermanos en Cristo. Hacia la propuesta y el cultivo de esa relación va la espiritualidad y pastoral ignaciana, que son altísimamente personalizadas, lo que nada tiene que ver con elitistas.

Respecto de los opresores este amor tiene dos manifestaciones: una en cuanto opresores, la otra personalmente. Al primer nivel está el trabajo por superar institucional y ambientalmente las situaciones de opresión. Ahora bien, esto no puede hacerse de cualquier modo, sino desde el ejercicio denodado y creativo de la cultura de la democracia y de los derechos humanos, que incluye la democracia política que tenga incidencia en el cambio de relaciones de producción. Insisto que para nosotros no cabe ningún tipo de violencia ni guerra sucia; pero tampoco cabe la dejación resignada ni el confinamiento autosatisfecho en grupos o ambientes “liberados”, en los que se apuesta por vivir cualitativamente, dejando de lado a los demás y a la situación como tal.

Esta lucha denodada por transformar la situación de modo que se vayan superando las estructuras opresoras tiene que simultanearse con la determinación de no dejar nunca por imposibles a los opresores ni darlos por perdidos, sino tenderles siempre puentes a nivel personal para que puedan llegar a captar que la lucha por estructuras dinámicas y justas es también para su bien, su bien último, humano. Y que en el nuevo diseño también tienen ellos cabida, incluso que se necesitan y demandan sus cualidades y que, aunque sus ganancias sean menores, la aprobación social y tantas relaciones horizontales humanizadoras los compensarán con creces y saldrán ganando. Les tenemos que insistir que el evangelio les propone este cambio como un negocio fabuloso, como una oportunidad única que un negociante de altura no puede desaprovechar.

Todo trato con bienhechores que no contemple esta propuesta y que retraiga de la lucha por estructuras más justas, va en contra del reino de Dios, que nos reveló Jesús y al que supuestamente servimos, y no puede ser aceptado. Las palabras de Arrupe, clarividentes, siguen vigentes hoy. La coherencia cristiana tiene un precio que hoy como ayer tenemos que estar dispuestos a pagar.



En el cauce del Vaticano II, que sigue siendo para nosotros un verdadero Pentecostés, asumimos que la salvación transcurre en la vida histórica y consiste en vivirla como hijos de Dios y hermanos de todos desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los que excluyen.



Arrupe con Pedro Pablo Barnola (La Guaira- 1968).

ROBERTO MARTIALAY, S.J.

En síntesis, como compañeros de Jesús de Nazaret y al servicio de su misión, sabiéndonos pecadores perdonados y siempre tentados, echamos la suerte con nuestro mundo, en el que los endiosados echan las redes de la seducción y las cadenas de la imposición brutal, para fomentar con su Espíritu la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, animados por la simpatía, la compasión y la responsabilidad, para fomentar la cultura de los derechos humanos con sus correspondientes deberes, la cultura de la democracia en todos los ámbitos de la convivencia humana y la cultura de la vida, para desterrar la violencia y la muerte imperantes. Lo hacemos en alianza con los pobres y los solidarizados con ellos, y en el discipulado de los pobres con espíritu, para actuar el derecho de todos a la capacitación a la altura del tiempo y según sus dotes, para dignificar el trabajo, transformar las relaciones de producción, fomentar el cultivo de lo público, transformar en emulación y sinergia la actual polarización y exclusión y revitalizar desde dentro al pueblo de Dios, que es la Iglesia, de manera que asumiendo todos nuestra condición de discípulos misioneros, seamos en verdad levadura y embrión de esta humanidad fraterna animada por el Espíritu de Jesús.

En el cauce del Vaticano II, que sigue siendo para nosotros un verdadero Pentecostés, asumimos que la salvación transcurre en la vida histórica y consiste en vivirla como hijos de Dios y hermanos

de todos desde el privilegio de los pobres y sin excluir a los que excluyen. Lo hacemos como compañeros de Jesús, el Hijo único de Dios y el Hermano universal, siguiéndolo con su Espíritu como paradigma absoluto de humanidad. Lo hacemos desde el legado de Medellín que nos concienció que vivimos en una situación de pecado y que por tanto el esfuerzo de pasar de condiciones de vida menos humanas a más humanas no podrá realizarse sin la liberación de las estructuras de pecado; y desde el legado de Puebla que encauzó ese esfuerzo en la opción por los pobres desde el reconocimiento del catolicismo popular; y desde Aparecida que nos llama a asumir nuestra condición de discípulos misioneros. Todo esto lo llevamos a cabo desde el énfasis de la Congregación General 32 que nos hace saber que nuestro servicio a la fe pasa por la promoción de la justicia; y haciendo nuestro el modo de llevarlo a cabo que nos pone delante la Congregación 35: no mediante proselitismo o campañas mediáticas, sino como un fuego prende a otros fuegos.

Hoy hay muchos laicos carismáticos. El carisma de los laicos no solo no está en crisis, sino que esta novedad de la Iglesia es de tal envergadura que constituye un verdadero signo de los tiempos. Creo que una parte sustancial de la misión de la vida religiosa y particularmente de la nuestra es servir a estos laicos carismáticos. Esto causa alegría, que es signo del Espíritu. No nuestros laicos, sino los laicos en la Iglesia y en el mundo.

*Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.

NOTAS

- 1 La votación a los electores de la primera Congregación que pudo elegirlos arrojó una proporción de 80 a 20 % en la línea del Concilio, Medellín, Arrupe y la Congregación 32, la más alta con mucho de América Latina.
- 2 En enero del 1975, en marcha ya la Congregación, *SIC* publicó dos artículos, el primero de Micheo, titulado "Los jesuitas se evalúan", que subrayaba que del aluvión de postulados, la sección que más recibió fue la relativa a la pobreza; y el de Trigo, titulado "Los jesuitas: una orden militante que ha pasado de combatir al mundo desde el pasado a combatirlo desde el futuro" (*SIC* 371,12-17).
- 3 Cuando me tocó ser director del Gumilla me llamaba frecuentemente el secretario de la Conferencia Episcopal y siempre me advertía que estábamos en la rayita, pero añadía: "En la parte de dentro". Lo decía porque sabía que nosotros aceptábamos sinceramente que ellos eran nuestros obispos y que criticábamos desde dentro de la Iglesia, como un signo de responsabilidad, basado en la comunión.